

ABRAHEL

La culpa siempre es de otro. Es condición humana la responsabilidad selectiva, llegando al autoengaño más patético. Si un cura célibe amanecía con poluciones nocturnas, o una monja tenía sueños húmedos, tenían culpables para ese pecado definido por la enfermiza obsesión con lo sexual: demonios. Demonios que no solo eran culpables de los sueños eróticos, sino de los deseos más voluptuosos y obscenos, de la masturbación, incluso de los misteriosos embarazos en los conventos. Demonios tendenciosamente mal copiados de ancestrales mitos paganos, más antiguos que Dionisos y Apolo. Los llamaban a ellos íncubos, y a ellas súcubos, y según su propia definición el más famoso íncubo fue el propio Espíritu Santo. Como no admitían equivalente femenino, un espíritu fecundador implícito y misterioso, -cuando salvo los monoteísmos, en todas las religiones y mitologías, incluida la hebrea, hay diosas de la fecundidad-, alguien decidió que entre las súcubos debía de haber también alguien con rango, una Reina, compendio de todas las diosas implícitas, de los espíritus sexuales escondidos, y fue llamada Abrahel.

Consta en tablillas hititas de hace solo 3.500 años, que por entonces no se tenía claro, y discutían entre sabios, sobre la relación entre el coito y el embarazo, pues para entonces tal causa-efecto era circunstancial. Para embarazar al ganado los griegos opinaban que había que meterlo, como a las mozas recién casadas, en tal o cual río, tutelado por tal o cual musa o trasgo; incluso que debían ponerse abiertas de patas con el primer viento de Occidente, cuando Céfiro, mandaba que se iniciara la Primavera, o con el primer viento de Oriente según los egipcios -por su dependencia de Sirio-, o al viento del Norte según algún otro que no recuerdo,... Las tribus, incluso las civilizadas, siguen teniendo toda clase de supersticiones sobre ritos para el deseo, el orgasmo, o el embarazo.

El íncubo realiza el acto encima, el súcubo debajo. ¿Fue Lilith la súcubo que se rebeló, para ser íncubo? Las lamias son súcubos e íncubos según se terció, como Tiresias, que fue hombre y mujer, según le daba por matar serpientes a bastonazos cuando copulaban. Para los cultos dionisiacos eran traviesos y divertidos, a veces perversos y pervertidos, tan buen@s espíritus, como malvad@s culpables de echar a perder a los buenos hijos de los esclavos de Yahvé: siempre asediados por la culpa, y obsesivamente buscando culpables. Copiando a los babilónicos, -como casi siempre, en casi todo-, que tenían sus encantadoras lilitú, los judíos las llamaron, lilim, hijas de Lilith, engendradas en orgías con los demonios que perecieron en el Diluvio. Según convenía se ahogaron, o viven en el inframundo, fueron seres a invocar o a exorcizar, y en la Edad Media fueron catalogados explícitamente como demoníacos, y sin embargo hoy, de vuelta a sociedades dionisiacas, casi olvidados, están más presentes que nunca, reciclados y reconvertidos en excusas, y fuente desconocida de inspiración. Hoy hay madres que acuden al ginecólogo pretendiendo convencerle de la posibilidad de que su angélica hija esté embarazada por haberse bañado en la piscina, o haberse salpicado en un retrete. La culpa del embarazo no deseado era de un íncubo, y las pajas de los sacerdotes se consideraban coitos con súcubos.

Hubo íncubos en todas las mitologías, desde Pan y los sátiros griegos, a los djin árabes, bhuts hindúes, los dusii celtas. En Brasil es alto y guapo, viste de traje y sombrero blanco, y le llaman Boto, al contrario de otras tradiciones sudamericanas, relacionadas con el vudú, para los que son enanos y feos, y tienen nombres como Trauco, Kurupí, Cipitío,

Sombrerón, Pombero, Rael, Zangano, Zangaretón, unos con sombrero, otros con grandes penes, o con bellas voces. San Agustín advierte contra faunos y silvanos, y San Isidoro los llama Panitas, Clusios, y los describe peludos. Tal vez Hergè sabía que Tintín es nombre de ícubo. Cuentan que Merlín, el equivalente celta a Tiresias, fue hijo de un ícubo y una prostituta. El Mohan siempre aguarda al acecho de las mujeres que se acercan al río, y le convocan peinándose con los pies en el agua.

Las súcubos eran representadas por mujeres bellas, pero los obsesos sexuales medievales les añadieron cuernos, cola, alas, o garras, como a las harpías, musas de muy distinto origen. Una talla de madera que la representara en la puerta de un local, era el equivalente hasta hace poco a lo que hoy en día es la luz roja de un puticlub. También tuvieron muchos nombres, y figuras: Sucia, Cegua, Siguanaba, Sayona, en América. Rusalka para los eslavos, Yokai para los japoneses (vagan por los bosques nevados, y si besan a un hombre que no les gusta, este se convierte en hielo que se fundirá cuando llegue la Primavera). Los caballeros cruzados temían encontrarse sobre un asno blanco a Um al Dua, pues no solo les absorbía toda su energía, sino que además les dejaba en un estado melancólico, que ahora llamamos cantando, desamor. En la Queimada se invocan, y en España casi hemos olvidado a la Serrana de la Vera, o a Mabel. Dicen los mitos actuales que los conventos están llenos de pequeñas tumbas, pero ya no recordamos mitos previos con infinidad de sores que afirmaron haber sido poseídas por la noche por un ícubo (claro, ... es que sin sotana, y a oscuras, cualquiera se confunde).

Fueron ángeles, y fueron demonios, motivo de placeres ocultos o culpables ¡Eran tan buena coartada! Si convenía, se asociaban los desamores a súcubos que absorben la energía del desgraciado que ha caído en el amor, y nada puede con su obsesión; o como excusa para no casarse con la gorda que su familia había negociado como esposa. Hasta de eso acusaban a las súcubos, y de chupar la energía las entronca con las leyendas vampíricas. Súcubo es aquella que utiliza con éxito las Armas de Mujer, y hubo tiempos en los que se consideraban prueba de brujería perfumes, pelucas, o rellenos en los pechos o el culo. Hay versiones de los mitos artúricos que acusan a alguna súcubo de la traición de Lancelot y Ginebra. Según los romanos los hunos eran hijos de ícubos y brujas. Un nunca acabar, pues el mismo Jesús era hijo de ícubo y mortal, que se hizo inmortal al subir a los cielos. El mismo Lutero hablaba de los Cambiones, hijos de ícubos y súcubos.

La humana es la única mona que no solo esconde su celo, sino que además lo sincroniza con las demás posibles competidoras. Estrategia para que el cortejo sea continuo, y hacer que los machos luchen por la jerarquía y ofrecer así mejores favores. El misterio es la esencia de la brujería, como la mentira fue la consecuente reacción masculina. El misterio se extendió al conocimiento sobre las setas y plantas, y comenzaron los hechizos.

Tal es el follón que se necesitó a una Reina que pusiera orden, y alguna culpa tuviera el hombre y la mujer: Abrahel, que por ser reina de las súcubos, y no de los ícubos, reina de las excusas. Estando el Rey de los equivalentes masculinos ausente de esta función, por llevar asuntos más elevados en la Trinidad, Abrahel se encarga de que la culpa que no conseguimos encajar en ícubos o súcubos, por ausencia de contrapeso, sea masculina... y ese, y la estrategia del misterio, es el motivo de que el hombre nazca con la culpa entre las piernas.